

Recibido: 27 de abril de 2011.
Aceptado: 15 de junio de 2011.

TRADICIÓN INDIRECTA Y ERROR DE MEMORIA EN CRÍTICA TEXTUAL GRIEGA: OBSERVACIONES METODOLÓGICAS¹

MANUEL SANZ MORALES
Universidad de Extremadura

Resumen

Las citas, elemento característico de la tradición indirecta, desempeñan un papel importante en la crítica textual griega y latina, aunque en ocasiones no reciben la suficiente atención de los filólogos. Este artículo ofrece una exposición de la metodología referente a los factores que deben ser tenidos en cuenta para determinar si una citación constituye un testimonio válido para la *constitutio textus*. Se examinan varios criterios sobre la validez de las citas, partiendo de problemas textuales concretos que han sido tomados en su mayoría de la literatura griega. El autor introduce en la discusión metodológica un nuevo criterio, denominado «palabra tabú» (concepto freudiano) y le concede un tratamiento especial, como posibilidad nueva de explicar errores de memoria en las citas, o bien faltas de escritura.

Palabras clave: Crítica textual griega, tradición indirecta, citas, errores de memoria en citas.

Abstract

Quotations, a characteristic element of indirect tradition, play an important role in Latin and Greek textual criticism, although they sometimes go unnoticed by scholars. This paper presents a methodological survey about the factors that need to be taken into consideration in order to determine if a quotation is a valid source for the *constitutio textus*. Some criteria for the validity of quotations are discussed, starting from concrete textual problems, most of them taken from Greek literature. A new criterion, the so-called «taboo word» (a Freudian concept), is introduced by the author in the methodological discussion and highlighted as a novel possibility of explaining memory misquotations or scribal mistakes.

Keywords: Greek textual criticism, indirect tradition, quotations, memory misquotations.

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el *Congreso Internacional de Crítica Textual y Edición de Textos Griegos*, celebrado en la Universidad de Extremadura (Cáceres) los días 7, 8 y 9 de junio de 2007.

0. Preliminares

Un conocido filólogo clásico y crítico textual, Joseph Bidez, dejó escrito que en crítica textual «todos los casos son especiales», declaración que contiene mucho de verdad y que como tal ha sido recordada por otros relevantes expertos en la materia². Sin embargo, esto no quiere decir que podamos olvidar nuestra experiencia a la hora de enfocar un problema textual determinado, como si tal problema fuera único en este mundo³. Existen enfermos, no enfermedades, suele decirse; pero está claro que la correcta diagnosis de las enfermedades, con una acertada evaluación de los síntomas que se repiten, curará a más enfermos. Es obvio también que muchos errores de copista tienen características comunes, y resulta evidente asimismo que los errores en las citas hechas de memoria, que es la cuestión que analizaré aquí, han de contener elementos que se repiten. Así pues, mi objetivo será la identificación de lo que cabría denominar «pautas de comportamiento» de los errores de citación, para después intentar exponer y comentar los mecanismos que causan dichos errores.

Este trabajo, por lo tanto, no pretende proponer soluciones nuevas a problemas textuales concretos, sino ayudar a extraer conclusiones a partir de problemas textuales concretos, cuya solución es evidente o al menos verosímil, con el objetivo de contribuir al debate metodológico.

No me detendré en cuestiones previas, como la tipología de los testimonios⁴, o el problema de las diferencias entre testimonios según su contenido y el carácter de la obra en que se insertan⁵. Pero sí quisiera señalar que tendré en cuenta una distinción metodológica que considero fundamental: la que separa las citas, entendiéndolo por «cita» la reproducción de un texto con intención de literalidad, de los demás testimonios, es decir, aquellos que carecen de dicha intención de literalidad⁶. Asimismo, reservaré el término «cita» para las citas literales, mientras que «citación» incluirá a cualquier tipo de testimonio.

² Puedo citar a Alphonse Dain (1997: 181).

³ Sebastiano Timpanaro (1977: 93), quien también recuerda a Bidez, apunta en este sentido.

⁴ Para ello remito a la tipología más completa que conozco, la de D'Ippolito (1983). Una tipología mucho más breve, aunque clara y útil, puede encontrarse en el manual de van Groningen (1963); conviene también consultar las observaciones que hace Tosi (1988: 31-57) en la introducción a su libro.

⁵ Para estos aspectos debe consultarse el fundamental libro de Tosi (1988: esp. 56). En su libro, Tosi estudia la escoliografía, la onomástica, la lexicografía, las citas gramaticales y las paremiográficas. En todo caso, es obvio que una clasificación de contenidos y tipos de obra no se basa en compartimentos estancos, ya que las interrelaciones son constantes.

⁶ Son testimonios con características diferentes, y que pueden requerir tratamientos también diferentes. He expuesto y utilizado ya esta distinción (Sanz Morales 1994: 16-18), denominando «citas» las citas literales y «adaptaciones» los demás tipos de testimonio.

1. *Un problema previo: ¿el testimonio es correcto o hay una corrupción en la obra que lo contiene?*

El interés por dilucidar si el texto divergente de una cita es superior o no al de la tradición directa no puede hacernos olvidar que el propio texto de la cita depende de otra tradición directa, la del autor que ha realizado la cita. Por lo tanto, está expuesto a las corrupciones textuales propias de toda tradición manuscrita. Si Plutarco cita a Eurípides, el texto del trágico, convertido ya en texto de Plutarco como parte integrante de una obra de este autor, puede sufrir corrupciones durante la transmisión de dicha obra⁷. A menudo es imposible llegar a una conclusión segura con respecto a este punto, y de hecho ello se convierte en el problema primordial (al menos en cuanto que es previo al resto de problemas) que se plantea a la hora de estudiar citas divergentes. Hay casos, por el contrario, en los que el análisis nos puede proporcionar una certeza razonable. Uno de estos casos puede ser la cita de *Il.* 23.66-67 que hace Caritón de Afrodiasias en 2.9.6⁸:

ἐπέστη δὲ [αὐτῇ] εἰκὼν Χαιρέου, [ὁμοία]
 πάντ' αὐτῷ μέγεθος τε καὶ ὄμματα κάλ' εἰκῦα,
 καὶ φωνήν, καὶ τοῖα περὶ χροῖ εἶματα <ἔστο>.
 ἔστῶς δὲ «παρατίθημαί σοι» φησίν, «ὦ γύναι, τὸν υἱόν».

En la cita no aparece la última palabra del segundo verso, que en los códices homéricos es ἔστο. A la pregunta de si Caritón ha querido abreviar la cita por alguna razón, parece lógico dar una respuesta negativa, ya que sólo omite una palabra, y además una palabra que es necesaria para el sentido de la cita. Pero a esto hay que añadir que la siguiente palabra, que reanuda el texto de Caritón, es ἔστῶς. En resumen, parece muy probable que un copista, quizá el torpe escriba del códice florentino⁹ que es testimonio único para la mayor parte de la novela, haya omitido la palabra homérica por su gran parecido con la que le sigue, cometiendo *de facto* una haplografía. De ahí que D'Orville, autor de la *editio princeps* de Caritón (Ámsterdam, 1750), restituyera ἔστο, con la aceptación de los demás editores.

En un caso como éste ocurre algo no muy infrecuente. La cita no tiene ningún valor para la *constitutio textus* de la obra testimoniada, en este caso la *Iliada*. Sin embargo, sí vale para lo contrario: gracias a la tradición directa del texto testimoniado es posible corregir con razonable seguridad una co-

⁷ Puede verse en Calderón Dorda (2009) un análisis de las citas de Eurípides en Plutarco.

⁸ Como se aprecia, el contexto presenta varias posibles corrupciones. Reproduzco el texto de la edición de Reardon (2004).

⁹ Sobre la poca fiabilidad del copista de F (*Florentinus Laurentianus Conv. Soppr.* 627, siglo XIII) conviene consultar los convincentes datos aportados por Reardon (1982: 168).

rrupción en la obra del autor testimoniante: el texto de Homero ha servido para eliminar una corrupción en el texto de Caritón.

2. La citación: criterios para determinar su validez en la *constitutio textus*

Cuando tengamos la certeza (o, al menos, una certeza razonable) de que la citación es correcta, nos hallaremos ante un testimonio indirecto que, en principio, podrá sernos útil, al lado de los testimonios de la tradición directa (códices, papiros, etc.), para fijar el texto del autor testimoniado. Es entonces cuando nos enfrentamos al problema central de todo estudio de tradición indirecta, que puede ser formulado según la siguiente pregunta: ¿qué valor tiene esa citación para la *constitutio textus* del autor testimoniado?

Aquí habrá que tener en cuenta diversos factores que pueden haber afectado a la forma en la que ha sido hecha la citación y, por lo tanto, haber influido quizá en el testimonio transmitido.

El primero que hay que mencionar, siquiera de manera breve, es el de una manipulación por parte del autor testimoniante. Sucede que un autor puede haber citado un texto de otro autor adaptándolo a sus necesidades de ese momento, lo que puede implicar alguna modificación textual. Una parodia es un caso claro, por ejemplo cuando Aristófanes parodia a Homero e introduce variaciones en el texto para lograr un efecto cómico¹⁰. Sin embargo, a veces la manipulación puede no ser tan clara, ya que de hecho el autor testimoniante pretende que no se note, que quede oculta. Es, por ejemplo, la tesis sostenida por van der Valk (1964) para explicar las considerables divergencias entre el texto homérico citado por Esquines en el *Contra Timarco* y el correspondiente texto transmitido por los códices¹¹.

Quizá el factor más polémico, y que más dificultades encierra, es el de la citación hecha de memoria. Es sabido que a menudo los autores citaban de memoria, según un procedimiento muy arraigado en la Antigüedad. De ahí que muchas divergencias textuales contenidas en citas se deban a errores de memoria, y que este hecho haya sido muy utilizado para despojar de valor a la tradición indirecta frente a la directa, hasta el punto de que en ocasiones se ha incurrido en excesos¹². Pero puede ocurrir que el autor cite a partir

¹⁰ Acerca de la presencia de Homero en Aristófanes, son fundamentales los trabajos de Macía Aparicio (1998 y 2000); sobre las diferentes formas que puede adoptar el texto homérico en el poeta cómico, cf. Macía Aparicio (1998: 201 y ss.).

¹¹ Me he mostrado contrario a esta tesis (Sanz Morales 2001), intentado demostrar que las divergencias estaban ya en el texto homérico conocido por el orador.

¹² Como ejemplo, y aun reconociendo que la afirmación es muy general y admite matices, puedo mencionar el estudio de la tradición indirecta homérica prealejandrina a cargo de van der Valk (1964). Conclusiones esencialmente contrarias a las de este autor, para los

de un texto escrito, o que la cita realizada de memoria sea correcta y, por tanto, genuina la variante testimoniada. Por este motivo se impone un análisis pormenorizado, a menudo de difícil realización, dirigido a determinar si la variante contenida en una cita es genuina o no.

Pues bien, como decía al principio, tiene que haber pautas de comportamiento en las citas hechas de memoria que nos puedan ser útiles para formarnos un criterio en cuanto a la corrección o no de una cita memorística y, en consecuencia, de la validez o no de una variante.

Como paso previo, veamos un caso de trivialización textual que no cabe clasificar estrictamente en un apartado, pero que nos puede resultar útil porque, conteniendo un claro error, puede aportar los rasgos o elementos a que me refería¹³. Se trata de Macr., *Sat.* 5.18.9-10:

Didymus enim, grammaticorum omnium facile eruditissimus, posita causa quam superius Ephorus dixit alteram quoque adiecit his verbis: (...) ὁ γοῦν Ἄκουσίλαος διὰ τῆς πρώτης ἱστορίας δεδήλωκεν, ὅτι Ἀχελῷος πάντων τῶν ποταμῶν πρεσβύτατος. ἔφη γάρ· «...».

Estamos ante un caso de citación doble o de segundo nivel, ya que en este pasaje de las *Saturnales* de Macrobio aparece citado un pasaje del gramático griego Dídimos de Alejandría, en el cual es citado a su vez otro texto del historiador Acusilao de Argos (se trata de su fr. 1 en la edición de Jacoby: *FGrH* 2 F 1). El *textus receptus* presenta una corrupción indudable, ya que dice Ἀγησίλαος en vez de Ἄκουσίλαος, lectura correcta restituida por Gronov. Este ejemplo me servirá para hacer tres observaciones sobre cuestiones metodológicas a las que me he referido antes.

La primera observación atañe a la «dificultad previa» a la que me refería en el apartado I, es decir, que en la transmisión del texto del autor testificante se haya producido una corrupción. Aunque en este caso todos los códices contienen el error, no podemos estar seguros por completo de que se trate de un error memorístico de Macrobio: la escritura de ambos nombres es muy parecida, por lo que podría tratarse de un error de copista que se remontaría al arquetipo de los códices que nos han llegado.

Segunda observación. Si, por el contrario, no existe error de copia en la tradición manuscrita, sino error de citación¹⁴, el caso proporciona una

tres principales autores prealejandrinos que citan a Homero, pueden encontrarse respectivamente en Labarbe (1949), para Platón; Labarbe (1985) y Sanz Morales (1994), para Aristóteles; y Sanz Morales (2001), para Esquines.

¹³ Menciona el caso Timpanaro (1977: 71).

¹⁴ Según lo dicho al final del apartado 0, distingo entre «error de citación», que atañe a cualquier tipo de testimonio (aquí, la atribución de un texto a un autor determinado), y «error

enseñanza sobre cómo los diferentes niveles de citación pueden influir en la corrección de un testimonio. Si la confusión de los nombres de ambos personajes se debe a un error de memoria, parece lógico que el error lo haya cometido Macrobio. El que Macrobio haya encontrado dicha confusión ya en Dídimo es teóricamente posible, pero improbable, ya que Dídimo está usando a Acusilao como fuente primaria, mientras que Macrobio tiene como fuente primaria a Dídimo, y sólo como fuente secundaria, o de segundo nivel, a Acusilao, un autor al que probablemente no ha leído. Esto sirve de ejemplo de cómo el error de memoria tiende a ser más fácil a medida que existen más intermediarios entre el texto citado (o su atribución, como aquí) y el autor que lo cita.

Por lo demás, hay una cosa clara: el gran parecido fonético de ambos nombres (tienen igual número de sílabas, cinco, y sólo difieren en la segunda) ha favorecido sin duda la comisión del error. Es lo que se ha denominado (Timpanaro 1977) «asociabilidad», fenómeno al que aludiré más veces en este trabajo; aquí se trata de asociabilidad fonética.

Un último comentario. Es obvio que en todo esto se produce un fenómeno de trivialización. El rey lacedemonio Agesilao (a quien, por ejemplo, dedica una breve obra Jenofonte y una de sus *Vidas paralelas* Plutarco) es mucho más conocido que el historiador Acusilao de Argos, lo que hace que el nombre de aquél sea *lectio facilior*. Pero no es éste un fenómeno que avale la existencia de un error de citación, ya que puede afectar tanto al posible error del autor como al posible error del escriba.

2.1. PALABRAS SIMILARES, QUE SON FRECUENTES EN EL AUTOR TESTIMONIADO, PUEDEN INTERFERIR Y CAUSAR EL ERROR DE MEMORIA

Un error típico de la citación memorística se debe a la interferencia de palabras muy habituales o típicas del autor testimoniado. Sucede en mayor medida cuanto mayor es la familiaridad con el autor testimoniado. Es habitual en el caso de las citas de Homero, el autor más importante y citado de la literatura griega, cuyos poemas eran de sobra conocidos y en determinados pasajes memorizados por muchos lectores, incluso ya desde la escuela. Veamos un ejemplo. En el libro III de la *República* (388c) cita Platón por boca de Sócrates las palabras con que Zeus se compadece de Héctor, cuyo cadáver es arrastrado por Aquiles en torno a Troya (*Il.* 22.168-169):

ὦ πόποι, φάναι, ἦ φίλον ἄνδρα διωκόμενον περὶ ἄστῃ
ὀφθαλμοῖσιν ὀρώμαι, ἐμὸν δ' ὀλοφύρεται ἦτορ.

de cita», que se refiere sólo a la cita literal. En este caso, el error de citación se refiere a lo que he denominado en otro lugar (Sanz Morales 1994: 17) «testimonio mención», es decir, la simple mención del autor o título de la obra.

Platón cita ἄστν, en tanto que los códices homéricos transmiten τεῖχος. La expresión περὶ ἄστν/ἄστν πέρι aparece 12 veces en Homero¹⁵. Por otro lado, περὶ τεῖχος está atestiguado por el resto de la tradición indirecta¹⁶ más toda la directa y aparece una sola vez más en la *Iliada* (12.177, con referencia al muro aqueo). Comparto con Labarbe (1949: 182-183) la idea de que la cita de Platón es errónea, y que el filósofo se ha dejado influir por la locución περὶ ἄστν, más corriente que la otra, y que, además, aparece acompañada en dos ocasiones por διώκω¹⁷.

2.2. PALABRAS O EXPRESIONES MUY RARAS O CHOCANTES, PERTENECIENTES SOBRE TODO A LA OBRA CITADA, PUEDEN INTERFERIR Y CAUSAR EL ERROR DE MEMORIA

Como el anterior, hay otro tipo de error que consiste también en la interferencia de palabras del autor testimoniado. Pero no se trata ahora de palabras típicas o muy habituales, sino todo lo contrario: expresiones o términos especialmente llamativos, que precisamente por su rareza interfieren en la memoria del autor que cita sustituyendo a otras con las que guardan alguna relación, pero más corrientes. Es un fenómeno poco atendido por los especialistas, quizá porque no es muy frecuente, pero sin duda merece que nos detengamos en él.

Un ejemplo interesante se encuentra en Platón, *Íon* 538b-c¹⁸. El filósofo cita *Il.* 11.639-640, pasaje en que Macaón, herido por Paris, es llevado por Néstor a su propia tienda, donde Hecamede les sirve una bebida:

τί δὲ δὴ ὅταν Ὅμηρος λέγει ὡς τετρωμένῳ τῷ Μαχάονι Ἐκαμήδη ἦ
 Νέστορος παλλακὴ κυκεῶνα πίνειν δίδωσι; καὶ λέγει πως οὕτως
 οἴνῳ πρᾶμνείῳ, φησὶν, ἐπὶ δ' αἴγειον κνή τυρόν
 κνήσται χαλκείῃ· παρὰ δὲ κρόμουον ποτῶ ὄψον·

¹⁵ *Il.* 2.801 v. l., 6.256, 8.519, 16.448, 22.173, 22.230, 22.251, 24.402, 24.548, *Od.* 3.107, 5.106, 14.473.

¹⁶ Athenag. *Leg.* 21, [Justin.] *Cohort. ad Gr.* 2, [Plut.] *Hom.* 2.115.2, 2.132 (sigo el aparato de fuentes de West 1998-2000, *ad loc.*). Podría aducirse que estas citas coincidentes con los códices no tienen mucho peso porque pertenecen a un período en el que el texto homérico está ya fijado. Sin embargo, esto es así sólo de una manera general; recuérdese, por ejemplo, que una obra tardía como el *Escrito de consolación a Apolonio*, atribuida a Plutarco, presenta citas homéricas que discrepan de la *vulgata*.

¹⁷ *Il.* 22.172-173 νῦν αὐτὲ ἐ δῖος Ἀχιλλεύς/ἄστν πέρι Πριάμοιο ποσὶν ταχέεσσι διώκει, 22.230 ἦθεϊ', ἦ μάλα δὴ σε βιάζεται ὡκύς Ἀχιλλεύς/ἄστν πέρι Πριάμοιο ποσὶν ταχέεσσι διώκωκιν. Labarbe (*ibidem*), añade que podría tratarse de una variante rapsódica, porque quizá los versos con la lección περὶ ἄστν han influido en el rapsodo, que habría introducido así la palabra en 168, texto que después llegó hasta Platón. Sin embargo, creo que la aparición de περὶ τεῖχος en toda la tradición directa apunta más a un error de Platón.

¹⁸ Lo analiza Labarbe (1949: 101 y ss.).

Los códices homéricos dicen en 640 ἐπὶ δ' ἄλφιτα λευκὰ πάλυνε, lo que corresponde en la cita platónica a παρὰ δὲ κρόμυον ποτῶ ὄψον. La explicación más verosímil consiste en que Platón ha cometido un error de memoria: ha sufrido una confusión con el cercano verso 630, que describe poco antes cómo Hecamede trae cebolla para acompañar la bebida que se dispone a preparar¹⁹. Este verso, que resulta muy llamativo por la curiosa asociación de cebolla y bebida, habría interferido, ocupando su segundo hemistiquio el lugar del segundo hemistiquio del verso 640. Pero me interesa añadir dos observaciones a esta explicación. La primera es que ambos versos pertenecen a la misma escena; de hecho, entre ellos existe una continuidad narrativa, interrumpida sólo por la breve descripción de la bellísima y pesada copa que únicamente Néstor puede mover cuando está llena. La segunda observación es que en ambos versos aparece el mismo adjetivo, ya que en 630 se habla de la «broncínea cestilla» (χάλκειον κάνεον), y en 640 del «rallador broncíneo» (κνήσσει χαλκείη). En mi opinión, y sin perjuicio de que el contenido impresivo del verso 630 sea la base de la confusión, sucede también que la interferencia se ha visto favorecida por las dos circunstancias colaterales mencionadas: la pertenencia de ambos versos a la misma escena y la repetición del mismo vocablo en ambos versos. Y es que la afinidad (es decir, la «asociabilidad» de que hablaba Timpanaro) de contextos, ya sea la semejanza verbal o la semejanza conceptual o de contenido (mucho más si se dan ambas, luego nos referiremos a ello), es un factor que influye en muchos errores de memoria.

2.3. LA PALABRA CLAVE ES MENOS PROCLIVE AL ERROR, LAS PALABRAS ACCESORIAS LO SON MÁS

Uno de los criterios más útiles para valorar si una citación memorística contiene un error es el que se refiere a la denominada «palabra clave». No me detendré apenas en explicarlo, porque se trata de algo ya conocido: la palabra clave de una citación (aquella que motiva la citación, y que por tanto es esencial en ella), tiene muchas menos posibilidades de ser errónea que las palabras accesorias, es decir, aquellas cuya sustitución por otras no afecta a la esencia de la citación²⁰.

¹⁹ Il. 11.630 χάλκειον κάνεον, ἐπὶ δὲ κρόμυον ποτῶ ὄψον. Coincido en esta interpretación con Labarbe (*ibidem*).

²⁰ Tosi (1988: 52 *et passim*) utiliza el término «núcleo». Como señala, es un caso en el que las diferencias entre tipos de citas tienden a tomar más importancia: se radicaliza la diferencia entre núcleo y parte no nuclear en las citas gramaticales, mientras que se atenúa en las citas paremiográficas. Por su parte, Reynolds-Wilson (1986: 285) ponen énfasis en el valor de la palabra o palabras clave, pero creo que exageran al conceder valor a la variante sólo cuando reside en aquélla, mientras que se lo quitan por completo cuando aparece en palabras accesorias.

En realidad, todo esto es pura lógica, sucede en la vida cotidiana cuando realizamos cualquier tipo de citación memorística. Acudamos precisamente a un ejemplo de citación de un texto clásico, pero un ejemplo extraído de la vida cotidiana. Lo relata Sigmund Freud (1966: 17 y ss.) en su obra *Psicopatología de la vida cotidiana*. Durante un viaje, el creador del psicoanálisis coincide con un joven hebreo austriaco que se queja amargamente de la situación de los judíos en Austria, puesto que a su juicio no gozan de plenos derechos. Como colofón de su discurso introduce una cita clásica, el famoso verso del libro IV de la *Eneida* que Dido pronuncia cuando ha sido abandonada por Eneas y piensa en suicidarse (4.625): *exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor*. Pero le falla la memoria y lo cita mal: *exoriare ex nostris ossibus ultor*. La eliminación de *aliquis* y el cambio de orden de palabras son trivializaciones normales y corrientes: *aliquis* es superfluo, *nostris ex ossibus* es menos habitual que *ex nostris ossibus*. Sin embargo, el testimoniante recuerda perfectamente dos palabras mucho más raras, pero que son clave en la cita: *exoriare* y *ultor*. Además de constituir el núcleo de la cita, son su *incipit* y *explicit*, dos lugares más fuertes, es decir, más enfáticos, que el interior de la frase, lo que es un elemento que debemos tener también en cuenta al estudiar una cita.

En el caso del joven austriaco, las palabras que él quería citar, que le interesaban y que de hecho motivaban la cita, son citadas correctamente. Se trata de palabras que se encuentran en el umbral de la mente, pugnan por salir, dejando en un lugar secundario a las palabras accesorias, que por eso mismo pueden sufrir confusión con otras, ser cambiadas de lugar, etcétera.

Veamos ahora un ejemplo tomado de la literatura griega. Se trata de nuevo de Homero, esta vez citado por Estrabón, si bien no se trata de una cita literal, sino de una adaptación o testimonio no literal. Servirá para introducir un nuevo elemento que no es central en las citas, pero que ejerce una cierta influencia. Ocurre que los contenidos asociados a nombres propios de personajes, lugares, etc., suelen ser fuente de errores. Esto puede suceder en las citas literales, pero quizá es más frecuente aún cuando se trata de adaptaciones, es decir, de testimonios no literales (alusiones, reminiscencias, etc.). Se trata de un fenómeno que puede enmarcarse dentro del más amplio de la palabra o expresión clave, ya que la singularidad de los nombres propios les proporcionan a éstos un carácter impresivo que puede dar lugar a la confusión de los contextos que acompañan a dichos nombres.

Un probable error²¹ derivado de la aparición en contextos semejantes de nombres propios, en este caso lugares geográficos, se da en Estrabón C 367 (8.5.8): ὅταν δ' ἐκ τῶν Φηρῶν ὀρμηθέντας τοὺς περὶ Τηλέμαχον πανημερίου

²¹ Véase van der Valk (1964: 273).

φῆ σείειν ζυγόν. El geógrafo alude a unas palabras del canto III de la *Odisea* referidas a Telémaco, pero comenta que corresponden a la partida de Feras hacia Esparta, cuando en realidad proceden de la etapa anterior, la que lleva a Telémaco (acompañado por el hijo de Néstor, Pisístrato) de Pilo a Feras, como se puede apreciar en *Od.* 3.485 y ss. (cito según la edición de Von der Mühl 1962³):

(...) λιπέτην δὲ Πύλου αἰπὺ πτολίεθρον.
οἱ δὲ παιημέριοι σεῖον ζυγόν ἀμφὶς ἔχοντες.
δύσετό τ' ἠέλιος σκιάωντό τε πᾶσαι ἀγυαί·
ἐς Φηρὰς δ' ἴκοντο Διοκλῆος ποτὶ δῶμα.

El hecho es que las palabras que forman el testimonio (en este caso no es una cita, sino una mera alusión; he subrayado en ambos textos las palabras pertinentes) no poseen marcas características importantes, de manera que su asociación a un contexto determinado se puede prestar a confusión. Estrabón, al citar de memoria, tenía asociadas estas palabras a la ciudad de Feras, que constituye una breve etapa en el viaje de Pilo a Esparta, pero confunde el lugar en que aparecen y las sitúa antes de la llegada a Feras, no tras la partida. Las palabras que interesan son citadas (en este caso aludidas) correctamente, y también relacionadas correctamente con Feras (actúa el carácter impresivo del nombre propio), pero surge el error en un elemento accesorio: el momento del viaje de Telémaco en que aparecen esas palabras.

Con todo, incluso aquí podemos hallar un elemento que se repite en ambos contextos y que contribuye a favorecer la confusión, ya que el verso 487 (es el verso posterior al aludido y cierra el canto III), aparece de nuevo para culminar el relato del trayecto de Feras a Esparta: 497 δύσετό τ' ἠέλιος σκιάωντό τε πᾶσαι ἀγυαί.

Se puede apreciar de nuevo cómo en la cita memorística hay varios factores que, aunque con una influencia de diferente rango, pueden contribuir a causar el error.

El fenómeno de la palabra clave posee una vertiente que presenta problemas especiales. Me refiero a la interferencia en el testimonio de una palabra o expresión que el autor testimoniante desea evitar: la llamada «palabra tabú». No es algo que haya sido estudiado por los especialistas, en la medida que sé, excepto en su aspecto más relacionado con la vida cotidiana. Aquí sí tenemos el libro de Timpanaro (1977), que estudia, entre otros casos de lapsus freudiano, los relacionados con la palabra tabú; es decir, su trabajo gira en torno a los fenómenos de psicopatología de la vida cotidiana tal y como los presenta Freud (1966) en su libro sobre dicha materia. Sin embargo, Timpanaro no llega a aplicar el concepto de palabra tabú a problemas textuales de la literatura clásica.

Ocurre que, paradójicamente, las palabras o expresiones indeseadas son proclives a interferir en el proceso del recuerdo y, en consecuencia, a presentarse como invitados fastidiosos en momentos inoportunos. Es, en efecto, un tipo de lapsus que sufrimos de forma bastante frecuente en la vida corriente: el hecho de que una persona esté especialmente atenta a no pronunciar una palabra tabú puede hacer que pronuncie precisamente esta palabra sin querer. En la obra ya citada, Freud (1966: 105-107)²² cuenta el caso de un hebreo austriaco, convertido al cristianismo, que se encuentra de visita con sus hijos en casa de unos conocidos que poseen ideas antisemitas. Como no quiere que sus anfitriones conozcan su pasado judío y teme que a los niños se les escape alguna alusión a ello, manda a sus hijos al jardín para que jueguen allí y no molesten, pero al darles la orden, en vez de decirles «Id al jardín a jugar, niños ('Jungen')», les dice «Id al jardín a jugar, judíos ('Juden')». «Juden» era la palabra tabú, la que no quería que fuera pronunciada ante sus anfitriones.

En efecto, parece el caso contrario al de la palabra clave, y en cierto modo lo es, pero siempre como la otra cara de la misma moneda. En ambos casos son palabras que, por su carácter fuertemente impresivo para quienes quieren pronunciarlas (palabra clave) o para quienes desean evitarlas (palabra tabú), están en el umbral del subconsciente, y por lo tanto pueden salir a la superficie con más facilidad que otras.

El hecho es que la palabra tabú resulta muy difícil de detectar. ¿Con qué datos, y menos aún pruebas, es posible determinar que un autor ha cometido un error de memoria porque una palabra que no quería citar, pero que le rondaba la mente, ha interferido en su testimonio? Reconozco que no estoy en condiciones de aportar ejemplos. Sin embargo, sí me gustaría traer a colación un caso que, con las debidas precauciones (en este caso, muchas), podría ser válido o, al menos, servir como elemento para una discusión metodológica. Parece normal y lógico que, si la palabra tabú actúa en la mente de las personas, aflorando en el momento menos oportuno, ello pueda ocurrirle a un escriba en el acto de la copia. Veamos un posible ejemplo.

En Caritón, 4.2.9²³, se lee: τὴν γὰρ πηγὴν ἀνεύρηκα τοῦ μεγάλου αἵματος, καὶ οὗτος ὁ κατάρτος ἄνθρωπος ἐπίσταται γυναῖκα μιὰρὰν συμπράξασαν τῷ

²² Menciona el caso Timpanaro (1977: 112), quien denomina «lapsus-gaffe» este tipo de errores memorísticos; véase, no obstante, su discusión del propio término adoptado y del fenómeno en sí.

²³ El episodio narra el intento de fuga de algunos reos compañeros de Quéreas y de su amigo Policarmo, que matan al guardián pero son capturados; todos los reos, incluidos ellos dos, son condenados entonces a morir en la cruz. Cuando el intendente, momentos antes del suplicio, oye a Policarmo nombrar como responsable de todo a una tal Calíroe, va a contarle a su amo Mitrídates que ha averiguado el origen de la fuga; aquí viene el pasaje que cito.

φόνω. Éste es el texto que da el códice medieval²⁴, pero Cobet (1859: 279) enmendó αἵματος con τολμήματος, basándose para ello en una frase sólo un poco anterior: 4.2.8 τινα γυναικα τὴν συνειδυῖαν τοῖς τετολημημένοις²⁵. Pues bien, años después fue descifrado el P. Fayûm I, cuyo lacunoso texto decía en el correspondiente lugar de 4.2.9]τολμ[(col. II, l. 34)²⁶, confirmando así la conjetura del filólogo holandés. Ahora bien, a pesar de que la variante del papiro es superior, y en este punto coincido con todos los editores de la novela²⁷, se plantea el problema de cómo se ha originado la corrupción αἵματος, que frente a τολήματος parece *lectio difficilior* (si bien de manera no muy clara, todo hay que decirlo). Zimmermann (1923: 218) se inclinaba por una «conjetura audaz» incorporada al códice («eine kühne Konjektur im Florentinus angebracht ist»), pero no daba una razón para ello, ni ésta se deduce con claridad. Pues bien, mi propuesta (reitero que con todas las precauciones que lo conjetural del caso requiere) es que la palabra αἵματος es un mero error de copista, pero un error provocado por tener este término características de palabra tabú. En un contexto de violencia y muerte como el recién descrito en la novela, primero con el asesinato del guardián (4.2.8 τὸν ἐπιστάτην ἀπέσφαξαν), y después con la propia crucifixión de los reos, es posible que el escriba tuviera la palabra αἷμα rondando su mente, y que el rechazo que le producía fuera lo que precisamente la hizo aflorar para sustituir por error al τολμήματος de su antígrafo.

Podría aducirse en contra de esta interpretación que el contexto anterior ha influido en el error del escriba, y que esto es suficiente para explicar el error. Es cierto que el contexto puede influir conceptualmente hasta cierto punto: se habla de muerte violenta, ésta se encuentra presente primero como crimen, después como castigo. Sin embargo, la palabra αἷμα no aparece en todo el episodio; es decir, el contexto no influye verbalmente en el error.

No olvidemos, por otra parte, que la sangre es el signo más visible de una muerte violenta, y que su sola visión suele provocar rechazo, y en algunas

²⁴ Con respecto a este códice véase el apartado 1 y la n. 9.

²⁵ La lectura de F presenta dos dificultades: 1. αἷμα debe significar «crimen, matanza, etc.», lo que se da a veces en griego clásico (Roncali 1999: 42 cita E., *Or.* 1139, *Bac.* 837), pero no en las novelas griegas conservadas (*cf.* *LRomGr* s.v. αἷμα). En Caritón aparece sólo dos veces (3.10.2, 7.1.6), ambas con su significado normal de «sangre». 2. Tras μεγάλου produce un hiato muy sospechoso. Las sospechas existían ya desde el principio; en la *editio princeps* de D'Orville, *ad loc.*, Reiske proponía corregirlo con λήματος. Sin embargo, el propio D'Orville (1783: 427-428) no veía problemas en αἵματος. Como es obvio, todavía no se conocía el papiro.

²⁶ Edición de Grenfell-Hunt (1900).

²⁷ Blake, Oxford, 1938; Molinié, París, 1979 (ed. rev. Billault, 1989); Goold, Cambridge Mass., 1996; Reardon, Múnich-Leipzig, 2004; Borgogno, Turín, 2005; Meckelnborg-Schäfer, Darmstadt, 2006. Por el contrario, Roncali (1999: 42-44) es partidaria de la lectura de F, pero su análisis no me parece convincente (véase la n. anterior).

personas mareos o incluso desvanecimientos. Es indemostrable, pero al mismo tiempo muy interesante, pensar que el escriba sentía algún rechazo de este tipo (¿había presenciado alguna clase de ejecución?), y que los sucesos recién descritos en la novela habían «activado» ese rechazo en su mente, creando la palabra tabú.

En cualquier caso, es obvio que el parecido fonético de ambas palabras, que terminan con las mismas dos sílabas, habría favorecido el error. Si mi interpretación es válida, veríamos una vez más cómo dos factores, en este caso el de la palabra tabú y el de la asociabilidad fonética, van unidos.

2.4. EL ERROR DE MEMORIA ES MÁS PROBABLE CUANDO EL AUTOR QUE CITA INCURRE EN UNA CONTRADICCIÓN PROPIA

El título de este apartado no precisa muchas explicaciones. Como ejemplo presentaré un caso de atribución errónea a un personaje, lo que constituye uno de los errores conceptuales más corrientes, dándose sobre todo cuando dos personajes guardan algún parecido (a veces, incluso, un parecido distante). Así es posible que suceda en *EN* 1116a 34-35²⁸, donde Aristóteles dice con respecto a Héctor lo siguiente: ἀναγκάζουσι γὰρ οἱ κύριοι, ὥσπερ ὁ Ἑκτωρ· «ὄν δέ κ' ἐγὼν ἀπάνευθε μάχης πτώσσοιτα νοήσω». Sin embargo, según la vulgata homérica estas palabras corresponden a Agamenón (*Il.* 2.391).

El verso forma parte de una arenga a las tropas; dado que Agamenón y Héctor son los principales caudillos de cada bando, pronuncian varios discursos de este tipo a lo largo del poema. En teoría, Héctor habría podido pronunciar esas palabras en un texto homérico alternativo al que nos ha legado la tradición directa, pero esto no parece probable, ya que Aristóteles cita el mismo texto en la *Política*, pero atribuyéndoselo aquí a Agamenón²⁹.

Mi convicción es que Aristóteles conoció un texto homérico diferente al de los manuscritos, lo que explica muchas de las discrepancias que hallamos en sus citas con respecto a la vulgata³⁰. De hecho, es probable que, al menos en ocasiones, Aristóteles consultara un texto escrito y citara a partir de él. Sin embargo, en otros casos es posible que utilizara la citación memorística, con la posible consecuencia de un error. El caso que nos ocupa consiste en la atribución de unas palabras a un personaje, lo que se presta quizá más que otros tipos de testimonio a prescindir de la consulta y emplear la memoria. Por otro lado, Aristóteles está hablando de las diferentes formas

²⁸ Labarbe (1985), Sanz Morales (1994: 100-102).

²⁹ *Pol.* 1285a 13-14 ὁ γὰρ Ἀγαμέμνων κακῶς μὲν ἀκούων ἠνείχετο ἐν ταῖς ἐκκλησίαις, ἐξελλόντων δὲ καὶ κύριος ἦν. λέγει γοῦν «ὄν δέ...».

³⁰ Tal es la conclusión principal de mi estudio sobre el texto homérico de Aristóteles (Sanz Morales 1994).

de valentía, y lo que le interesa es el contenido de la cita, como ejemplo de valentía obligada, es decir, provocada por el miedo de los subordinados a su superior. Quién amenace es secundario, y el parecido de las funciones que ejercen ambos caudillos parece suficiente para justificar un error de atribución en la *Ética nicomáquea*.

El caso analizado ejemplifica un hecho no muy frecuente, pero que tiene un gran valor como prueba de error memorístico. La contradicción interna del autor testimoniante, por otro lado, puede darse en todo tipo de testimonios, lo que contribuye a darle a este criterio un valor aún mayor.

3. A modo de conclusión

Aparte de los comentarios o anotaciones hechos a los problemas concretos tratados, que quizá pueden tener interés metodológico con respecto a la cuestión estudiada aquí, creo que es posible extraer algunas enseñanzas más generales a modo de conclusión.

La primera enseñanza es que, como suele ocurrir en la mayoría de los problemas de crítica textual, no hay ningún criterio que por sí mismo ofrezca absoluta seguridad sobre el carácter genuino o espurio de un testimonio. Posiblemente, el hecho más probatorio de un error de citación es la contradicción interna en el autor testimoniante, mientras que el criterio más útil para determinar verosímelmente que una citación es correcta, podría ser el de la palabra clave. He mostrado ejemplos de ambos.

Un papel importante es el desempeñado por la «asociabilidad», que puede ser de contenido, o contextual, y fonética. Con que se dé una de ambas, puede surgir el error en la citación. Es el caso de Aristóteles y la probable confusión entre Agamenón y Héctor en la *Ética nicomáquea*, ocasionada por las semejanzas contextuales que en el poema tienen ambos personajes. En el caso de la confusión sufrida por Macrobio entre Acusilao y Agesilao (si no es un error de copista), la semejanza es fonética, no parece haber ningún rasgo de contenido que asemeje a ambos personajes. Por supuesto, cuando se produce una doble asociabilidad³¹ porque la semejanza es fuerte en ambos aspectos, la posibilidad de confusión, con el resultado de una cita o testimonio erróneos, es mucho mayor.

Para ilustrar esto último, mencionaré un ejemplo tomado de la vida real que puede servir de colofón a este trabajo³². Es un caso que une a la Grecia antigua con el mundo moderno, en concreto con un episodio histórico todavía no muy lejano. Cuando Benito Mussolini pronunció su último discurso antes

³¹ Timpanaro (1977: 101).

³² Lo tomo de Timpanaro (1977: 74-75).

del desembarco aliado en Sicilia, dijo: «El filósofo griego Anaxágoras (perdonad mi erudición) decía que el hombre es la medida de todas las cosas». Aquí hay una doble asociabilidad: la conceptual, que relaciona y confunde a Anaxágoras con el también filósofo y coetáneo Protágoras, verdadero autor de la frase; y la fonética, ya que ambos nombres tienen un notable parecido. De ahí que el autor de la frase no confundiera a Protágoras con otro filósofo, ni siquiera con uno de los más conocidos para el gran público, digamos Platón o Aristóteles.

En definitiva, concluiré que en la cita memorística intervienen muchos factores, a menudo entremezclados, que los mecanismos psicológicos de la memoria son muy complicados, tanto como lo es la mente humana, y que en todo esto hay todavía bastante que estudiar. Valga lo aquí expuesto para contribuir a desentrañar en algo este apasionante fenómeno.

Bibliografía

- CALDERÓN DORDA, E., «La tradición indirecta en la crítica textual griega: el texto de Eurípides en Plutarco», en M. Sanz Morales y M. Librán Moreno (eds.), *Verae Lectiones. Estudios de crítica textual y edición de textos griegos*, Huelva-Cáceres, 2009, págs. 33-56.
- COBET, C.G., «Adnotationes criticae ad Charitonem», *Mnemosyne*, VIII (1859), págs. 229-309.
- D'IPPOLITO, G., «Basilio di Cesarea e la poesia greca», en *Basilio di Cesarea: la sua età, la sua opera e il basilianesimo in Sicilia*, Messina, 1983, págs. 309-379.
- D'ORVILLE, J.P., *Charitonis Aphrodisiensis De Chaerea et Callirrhoe Amatoriarum Narrationum Libri VIII*, Leipzig, 1783² (Ámsterdam, 1750¹). Con comentario del editor, más *Animadversiones* y traducción latina de J.J. Reiske; la 2.^a ed. incluye notas textuales de C.A. Beck.
- FREUD, S., *Psicopatología de la vida cotidiana*, Madrid, 1966. Traducción de L. López-Ballesteros y de Torres. Cito esta obra de Freud, de la que existen otras traducciones, por esta edición de Alianza.
- GRENFELL, B.P. y HUNT, A.S., ed. de P. Fayûm I, en B.P.G.-A.S.H.-D.G. Hogarth, *Fayûm Towns and their papyri*, Londres, 1900, págs. 74-82.
- GRONINGEN, B.A. van, *Traité d'histoire et de critique des textes grecques*, Ámsterdam, 1963.
- LABARBE, J., *L'Homère de Platon*, Lieja-París, 1949 (reimpr. 1989).
- , «Deux citations homériques d'Aristote», *Aristotelica. Melanges offerts a Marcel de Corte (Cahiers de philosophie ancienne III)*, 1985, págs. 207-226.
- MACÍA APARICIO, L., «Homero y Aristófanes», en L. Gil Fernández *et al.* (eds.), *Corolla Complutensis. Homenaje al Prof. J. Sánchez Lasso de la Vega*, Madrid, 1998, págs. 199-209.
- , «Parodias de situaciones y versos homéricos en Aristófanes», *Emerita*, LXVIII (2000), págs. 211-241.

- MÜHLL, P. von der, *Homeri Odyssea*, Stuttgart-Leipzig, 1962³.
- REARDON, B.P., «Une nouvelle édition de Chariton», *REG*, xcv (1982), págs. 157-173.
- , *Chariton. De Callirhoe Narrationes Amatoriae*, editionem curavit B.P.R., Múnich-Leipzig, 2004.
- RONCALI, R., «Su due varianti del papiro Fayûm 1 di Caritone», *BollClass*, s. 3, xx (1999), págs. 37-44.
- SANZ MORALES, M., *El Homero de Aristóteles*, Ámsterdam, 1994.
- , «El Homero de Esquines», *AC*, LXX (2001), págs. 49-67.
- TIMPANARO, S., *El lapsus freudiano*, Barcelona, 1977. Traducción de Carlos Manzano de la ed. ital., Florencia, 1974.
- TOSI, R., *Studi sulla tradizione indiretta dei classici greci*, Bolonia, 1988.
- VALK, M. van der, *Researches on the Text and Scholia of the Iliad*, vol. II, Leiden, 1964.
- WEST, M.L., *Homeri Ilias*, recensuit/testimonia congressit M.L.W., Stuttgart-Leipzig (vol. I) y Stuttgart-Múnich (vol. II), 1998-2000.
- ZIMMERMANN, F., «Zur Überlieferung des Chariton-Romanes», *Hermes*, LXIII (1928), págs. 193-224.